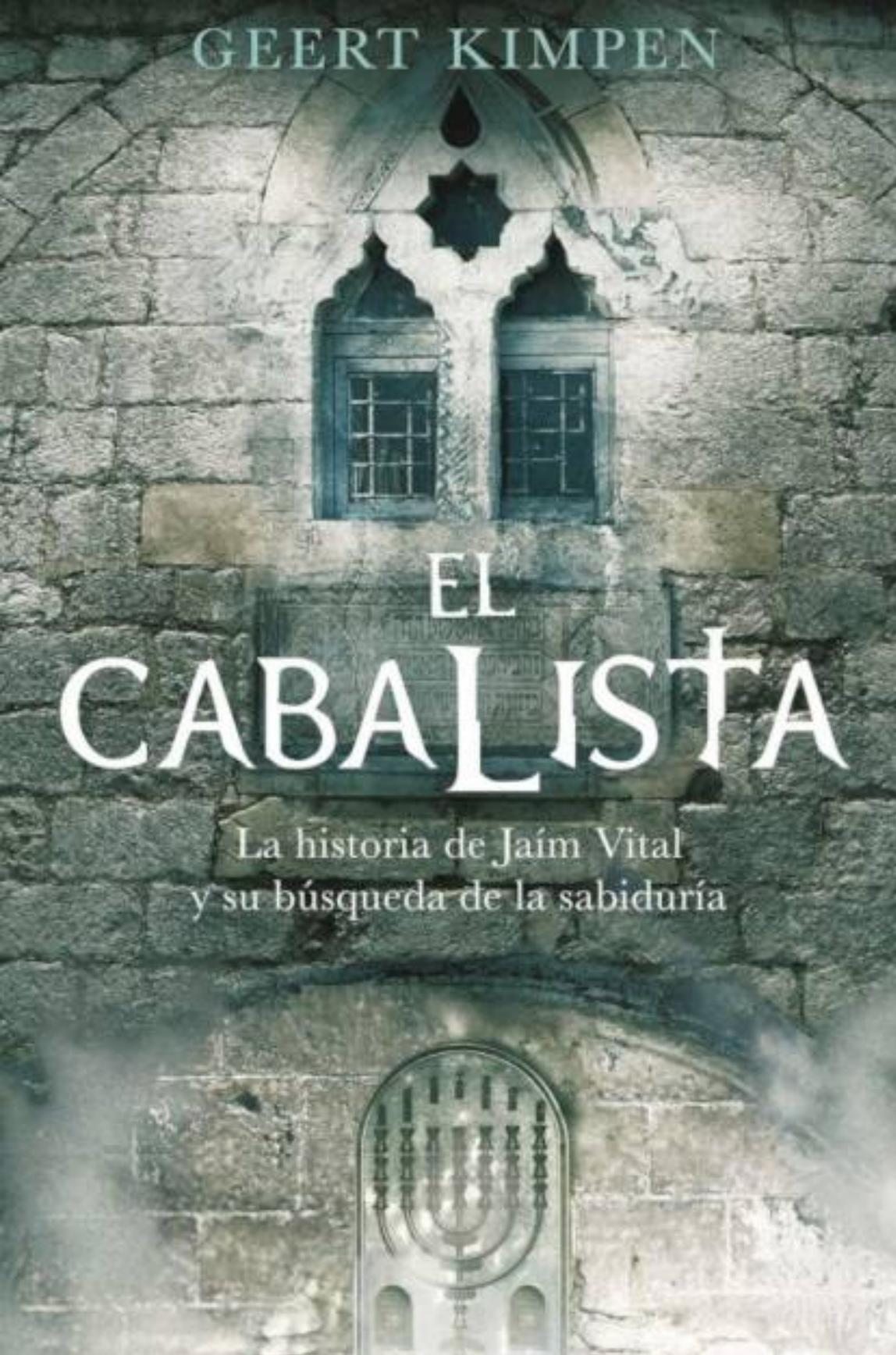


GEERT KIMPEN

The background of the cover is a photograph of a stone wall. In the upper center, there is a Gothic-style window with a pointed arch and a decorative tracery above it. Below the window is a stone plaque with a menorah design. The title 'EL CABALISTA' is superimposed over the wall, with 'EL' in a smaller font above 'CABALISTA'.

EL
CABALISTA

La historia de Jaím Vital
y su búsqueda de la sabiduría

En Safed, una pequeña ciudad del norte de Israel, durante la segunda mitad del siglo XVI, el joven Jaím Vital sigue las enseñanzas de su padre, el gran estudioso de la Torá José Vital. Pero Jaím desea estudiar alquimia y astrología, y se enfrenta a menudo a su padre. Un día, mientras están visitando la cueva de Simón Bar-Yojai, el joven rebelde y su padre vuelven a discutir y este muere accidentalmente. Entonces un terrible sentimiento de culpabilidad crece en Jaím, que al poco tiempo pierde también a su madre. Como consecuencia de todo ello, decide dar un vuelco a su vida y empieza a estudiar la cábala con el maestro Cordovero. Cuando el maestro, en su lecho de muerte, nombra al rico comerciante Isaac Luria como sucesor suyo, a Jaím le cuesta aceptar esta decisión. Pero pronto llegará a la conclusión de que Isaac es un hombre brillante. Además, se enamora perdidamente de su hija Francesca.

*Afortunado el hombre que encuentra a su alma
gemela de entre un sinfín de personas.*

Para Christine y Zonneke (Solecito)

*Mal se paga a un profesor si uno solo se
queda en alumno*

(Friedrich Nietzsche, Así habló Zaratustra)

Con respeto y agradecimiento a
rabí Michael-ben-Pesach

Primera parte

Safed, 1563. Invierno (año 5323 del calendario judío)

1. *ו* Vav He Vav: el Dios que viaja en el pasado, el presente y el futuro

Intentaba convencerse a sí mismo de que no había sido un asesinato, sino un accidente. Un lamentable accidente. Fue su padre quien había sacado todo de quicio, no él. Él no se metía con su obsesiva devoción por la Torá. ¿Y por qué no le permitía estudiar alquimia?

Resultaba evidente que la alquimia describía los secretos de la vida con mucha mayor concreción que la Torá. La alquimia suministraba fórmulas, recetas e instrucciones, era una ciencia práctica que podía verificarse empíricamente.

No ocurría lo mismo con la Torá de su padre. Allí lo único seguro era que no había nada seguro. No existía consenso alguno sobre el menor de los versículos que aparecían en los cinco libros de Moisés que conformaban el Pentateuco. Los rabinos, en sus interminables discusiones, se habían pasado siglos enteros escribiendo comentario tras comentario sobre lo que en verdad quería decir la Biblia. No había manera de comprobar el grado que habías alcanzado en tu evolución como hombre. Probablemente por ello, todo el mundo intentaba aventajar al prójimo escribiendo los libros más gordos con las interpretaciones más peregrinas. Su padre también se había lanzado con devo-

ción a esa tradición secular y se vanagloriaba del reconocimiento y el prestigio que le habían reportado sus libros.

Pero para Jaím eso no bastaba, él quería respuestas concretas, quería saber cómo funcionaba la vida, cuál era el sentido de la existencia, si había vida después de la muerte, si la vida era arbitraria, si era posible someter la vida a la voluntad propia y, sobre todo: si Dios existía, quién era entonces. Si Dios existía, quería mantener una relación genuina con él, de hombre a hombre. ¿No había sido creado a su imagen y semejanza? Pues bien, que se mostrara y no se ocultara en los impenetrables versículos bíblicos que dejaban lugar a tantas interpretaciones. Quería que Dios le viera como su igual.

¿No era su padre quien buscaba una y otra vez la confrontación, quien no cejaba en su empeño de llevarle de regreso a la Torá, tan latoso como un perrillo tirando de la pernera del pantalón? ¡Cuántas veces no le habría explicado ya Jaím que no había nada que hacer! En los tres años que llevaba estudiando alquimia, había vislumbrado más respuestas que en todos los años que, obediente, había asistido a las clases de Torá.

¿Qué podía importarle que toda la ciudad lamentara que hubiera dejado el sendero de la Torá? Safed era un pueblo a este respecto. La gente no te quitaba ojo y, ante todo, intentaba no salirse de la norma para no perder así su tan codiciado lugar dentro de la comunidad, porque también existía una dependencia comercial mutua, los unos compraban en las tiendas de los otros, trabajaban juntos, se intercambiaban contactos, y por eso compartían la misma religión, los mismos rituales y las mismas sinagogas.

Pero Jaím optó por seguir su propio camino, yendo contra corriente. Entabló amistad con los musulmanes allí donde los demás judíos solo procuraban mantener un contacto lo más austero posible. Un amigo árabe le había dejado un libro sobre alquimia y ese libro le había cambiado la vida. Las ideas y las promesas del libro empezaron a ron-

darle por la cabeza. El día en que fuera capaz de crear oro, su naturaleza humana adoptaría también las propiedades del oro, sería inmortal, llegaría a poseer sabiduría y riqueza absolutas, y alcanzaría la perfección del alma.

Cuanto más tajante era la recriminación del padre por su comportamiento de hereje al dedicarse a esas prácticas diabólicas, tanto más firme era su resolución en el empeño de conseguir resultados, hasta llegar a convertirse en una carrera entre ambos. Cualquier día le sorprendería con sus ideas y resultados, le demostraría que la Torá era un callejón sin salida y que en la alquimia se encontraban las respuestas verdaderas. Llevaba una meticulosa relación de sus experimentos, soñaba con escribir la obra alquímica definitiva que sirviera de manual para la humanidad y callara todas las bocas que alababan sin cesar los voluminosos libros de su padre. La alquimia convertiría la Torá en algo superfluo. «Una manera de pensar anticuada y primitiva —dirían de la Torá—. Algo simpático, pero ingenuo, muy ingenuo». Su padre se enfurecía al oírle hablar sobre la Torá y el judaísmo de esa manera, le resultaba insoportable que su hijo renegara así de sus raíces, que repudiara todo aquello por lo que él vivía y en lo que creía.

El padre de Jaím confiaba en que este paseo por las colinas que rodeaban Safed le acercaría más a su hijo, quizá se acordara de los paseos que habían dado cuando tan solo era niño, cuando aún tenía por sagrada la palabra de su padre, quizá recordara cómo lo había inculcado el respeto por la naturaleza, por la perfección chía Creación en la que Dios previó todo lo que el hombre necesitaría, cómo todo encajaba manteniendo un equilibrio, pero parecía como si todas sus palabras de entonces hubieran caído en saco roto, no había ningún recuerdo con el que pudiera abrir una brecha en los muros levantados por Jaím. Su única respuesta era una sonrisa despectiva.

Cuando empezó a nevar con intensidad, encontraron cobijo en la gruta donde, según contaba la leyenda, el famo-

so cabalista Shimon Bar-Yojai se había escondido durante trece años de los romanos que le habían condenado a muerte. El amparo de la gruta parecía haber templado de momento la frialdad entre padre e hijo. El padre llegó a pensar incluso que, cuando se explayaba en su admiración por la cábala, su hijo se hacía más accesible. Después de todo, a Jaím le atraía lo místico. Si ya no se sentía fascinado por el texto de la Torá, quizá el estudio de los significados ocultos que encerraban los cinco libros sagrados podría devolverle al redil. Aunque los cuarenta años eran la edad mínima necesaria para poder ser aceptado por un profesor de cábala, el padre tenía suficientes contactos para que hicieran una excepción con su hijo, pero estaba subiendo demasiado deprisa esta escalera de esperanza. Jaím se percató de las promesas manipuladoras con que intentaba seducirle. ¿No se rendía nunca este hombre? ¿No podía relatarle algo sin más, exento de esa velada motivación que le impulsaba a querer convertirle? Le ponía enfermo esa obstinada convicción que tenía de hallarse en posesión de la verdad.

No fue un asesinato. Fue un accidente, un lamentable accidente. Eso fue lo que contó también al llegar sin aliento a Safed. Nadie dudó de su palabra y, de inmediato, se organizó una expedición que fuera a recoger el cuerpo del respetado escritor de la Torá. Jaím solo compartió el secreto con su madre, una indiscreción fatal de la que se arrepentiría siempre. Nunca más volvería a compartir su secreto con nadie. Fue un accidente. No había ninguna razón para tener que expiar durante toda la vida un desgraciado accidente, ¿no? Era un muchacho muy prometedor y este trágico accidente no debía ensombrecer su futuro.

Safed, 1570. Verano, siete años después (año 5330 del calendario judío)

2. 'ממ Mem Jet Yod: el Dios que te da esplendor

Su nombre era Jaím Vital, hijo del famoso comentarista de la Torá Yosef Vital. Era un chico guapo de veinticinco años, con gran inquietud intelectual, que dedicaba todo su tiempo libre al estudio de la cábala. Todas las mañanas, a las tres de la madrugada, seguía junto con otros nueve hombres las clases de Cordovero, el gran maestro de la cábala. Como Jaím siempre llegaba el primero, era él quien estaba al cargo de la llave. Cuando la giraba dentro de la cerradura de la sinagoga, parecía como si fuera su corazón el que se abriera. Le gustaba quedarse un rato rezando en silencio, rodeado de la más absoluta oscuridad, y después encendía las velas y ordenaba el modesto aula donde estudiaban, que se encontraba a la derecha del vestíbulo. Era la primera vez que Cordovero permitía asistir a sus clases a un alumno tan joven como Jaím. Los nueve restantes tenían cuarenta años o más, pues esa era la edad en que se consideraba que un hombre tenía la madurez suficiente para comenzar el estudio de la cábala, ya que habría tenido la oportunidad de forjarse una carrera profesional, habría encontrado a una buena mujer y los hijos serían lo bastante mayores como para no reclamarle toda su atención. A los

cuarenta uno disponía de tiempo y de espacio para entregarse a lo espiritual.

Jaím era el blanco de todas las envidias y chismorreos en Safed. Muchos estudiantes de cabala se creían con más derecho que él a ocupar un lugar en los pupitres de Cordovero. Algunos ancianos, que podían ser sus abuelos y llevaban décadas estudiando las Sagradas Escrituras, debían contemplar, reconcomidos, cómo este joven era considerado a todas luces más sabio que ellos.

En el estudio de la cábala estaba claro como el agua el lugar que le correspondía a cada uno. Había una jerarquía evidente dentro del grupo de los profesores en Safed y nadie discutía que Cordovero se encontraba en lo más alto de la escala. Él elegía diez estudiantes que a su vez impartían clases también. Cuanto más cercano estuviera tu profesor al círculo que rodeaba a Cordovero —o, en el mejor de los casos, si era un discípulo directo de él—, tanto mayor era la reputación de la que gozabas. Cada alumno se veía ensalzado por el prestigio de su profesor.

Jaím había ido medrando con paciencia a la sombra de profesores inferiores y poniendo sumo cuidado en la elección de todos ellos hasta conseguir que le aceptara el viejo Zimra, un alumno de Cordovero. Confiaba en seguir destacando con él, que mencionara su nombre en presencia del maestro por quien tanto se desvivía, para así poder beber directamente de esa fuente que tanto le refrescaría, pero el vanidoso trotamundos de Zimra nunca mencionó su nombre, ya que solo hablaba de sí mismo.

Por eso, Jaím continuó haciendo todo lo posible por acercarse a Cordovero. Iba a las mismas sinagogas, compraba en las mismas tiendas y, descalzo, recorría las colinas que sabía transitadas por el propio Cordovero, también descalzo. En uno de esos paseos, se atrevió a abordar al gran profesor.

—Maestro Cordovero —fue al grano, sin rodeos—, ansío tanto llegar a conocer a Dios... Se dice que conocéis el ca-

mino que me permitiría acudir a su encuentro.

Cordovero no pudo reprimir una sonrisa al oír al desesperado muchacho que anhelaba tanto el conocimiento de Dios. Se reconoció a sí mismo en el temperamento inquieto que también a él, a los veinte años, le había llevado a iniciar el estudio de la cabala. «Parece como si me hubiera visto sumido en un sueño que me duró hasta los veinte años —se decía de vez en cuando—. Todos mis pensamientos de entonces carecían de utilidad».

—Muchacho —le respondió—, hasta el momento en que saliste de detrás de ese árbol yo no te conocía a ti, pero tú a mí sí. A partir de ahora, estarás en mis pensamientos porque me buscaste. El que dentro de un rato me ponga a charlar con mi esposa de otras cosas durante la cena no significará que hayas dejado de existir. Así existimos nosotros también siempre en la mente de Dios.

—¿Solo basta entonces con llamar su atención? —exclamó Jaím esperanzado.

—O viceversa —repuso Cordovero con ojos resplandecientes—, podría ser Dios quien saliera de detrás de un árbol para captar tu atención. El Creador existe en todas las cosas y todas las cosas existen en él, pero solo cobra vida si le buscas. Es entonces cuando te das cuenta de que siempre había estado en tu interior, esperando a que quisieras verle.

El gran maestro invitó espontáneamente al muchacho a que asistiera a sus clases, avivando así la ira de Zimra.

—¡Estás cometiendo una terrible equivocación, Cordovero, ese Jaím no es digno, llegará el día en que te arrepientas de haber admitido en tu clase a ese adulator, el mismo día en que se me venerará a mí como al tan esperado Mesías! —le había vociferado Zimra con patetismo.

Desde ese instante, el autocomplaciente trotamundos rompió todas las relaciones con Cordovero y se convirtió en uno de sus más vehementes adversarios. A Jaím poco le importaba, pues el lugar que dejaba Zimra lo ocupó él, y

así se transformó en el muchacho más feliz de Safed. Caminaba por la ciudad con la cabeza bien alta y las burlas le resbalaban como si fueran una leve lluvia de marzo.

Esa mañana, Jaím se sentía con más ganas de aprender que otros días. Su maestro estaba tratando uno de los principios básicos de la cábala: la superación del egoísmo.

—Está bien que el hombre desarrolle su egoísmo en la medida de lo posible, porque la naturaleza del hombre evoluciona al confrontarse con su egoísmo. Un cabalista carece de deseos... No, lo que quiero decir es que casi por definición tiene muchos deseos. De lo que se trata es de transformar la intención de esos deseos.

Cordovero, que tenía fama de ser el más lúcido profesor de cábala, no conseguía expresarse con claridad. Cualquier planteamiento que intentara explicar quedaba expuesto con desmañada torpeza. El sudor le perlaba la frente cuando volvió a intentarlo.

—Pero, rabí Cordovero —le interrumpió Jaím—, un deseo seguirá siendo un deseo sin tener en consideración la intención en que se fundamenta, ¿no? Fijaos, mi propósito es llegar a convertirme en el escritor más grande de todos los tiempos. ¿Cómo podré transformar ese deseo?

Yehoshua, un platero cubierto de joyas y hermanastro de Jaím, suspiró hondo para manifestar su enojo. Odiaba que Jaím no dejara pasar ni una oportunidad para llamar la atención sobre la glosa que estaba escribiendo del Zohar, la Biblia de los cabalistas, la obra maestra de Shimon Bar-Yojai.

—Supongo que tu propósito de convertirme en el escritor más grande es egoísta —respondió Cordovero—, porque quieres ser famoso y que te admiren.

—Eso también —admitió Jaím—, pero sobre todo porque quiero llevar la cábala al mayor número de personas posible.

—¿Entonces carecería de importancia que tu nombre apareciera en el libro? —preguntó Cordovero.

El muchacho sonrió, porque le había pillado.

—Bueno, desde luego quiero que las personas sepan que lo he escrito yo.

—Y con ello solo estarás sirviendo a un interés, el tuyo. Lo fundamental de tu deseo es escribir el libro cabalista más fabuloso, un libro que dé a conocer a la humanidad las leyes del universo. Esa sí es una ambición altruista, el deseo de transmitir el conocimiento que tú mismo has recibido.

—Y cuanto mayor conocimiento reciba, tantas más cosas podré transmitir —añadió Jaím—. ¿Es a lo que os referíais cuando dijisteis que el cabalista alberga semejantes deseos?

—Muy bien, Jaím. No hay nada malo en el ansia de querer recibir muchísimas cosas de la vida, pero la fuente de alegría que esto nos supone se reseca si nosotros dejamos de dar. Entonces nada de lo que recibamos llenará el vacío de nuestro corazón. El principio universal del cosmos es la entrega desinteresada sin esperar nada a cambio.

—Por tanto, no debería pedir dinero por ese libro —concluyó el muchacho.

—En el caso de que pudiera encontrarse a alguien dispuesto a pagar dinero por un libro de Jaím Vital —se interpuso Yehoshua. Resultaba difícil imaginar dos polos más opuestos que Jaím y su hermano. Yehoshua era veinte años mayor y sentía un profundo desprecio por su hermanito «ilegítimo». Las atenciones desmedidas que le dispensaba el padre eran como espinas clavadas en sus ojos.

El resto de la clase empezó a dar golpecitos de aprobación en las tazas de café con sus cucharillas. Agradecían que por fin hubiera alguien que le bajara los humos a este fantasmón. Yehoshua se marcó un redoble triunfal con las manos sobre el tablero de la mesa, pero Jaím siguió esperando inmóvil la respuesta de su maestro.

Cordero, cansado, cerró los ojos. Sus dedos jugaron con la negra barba y la respiración pesada y dificultosa reverberaba contra los muros pintados de azul claro. A tra-

vés de las vidrieras empezaba a introducirse la primera luz de un sol amarillo pálido que se alzaba tras la colina.

—Junto a todo lo que creó Dios, en la Torá está escrito: «Y Dios vio que era bueno». Salvo cuando creó al hombre. ¿A qué creéis que se debe?

—Esta pregunta, naturalmente, es un juego de niños para nuestro famoso autor Jaím Vital —dijo Yehoshua, interrumpiendo el silencio expectante—. Tal vez pueda sorprendernos en la próxima clase con una conferencia sobre el tema.

—Qué casualidad. Justo ahora quería proponerlo, Yehoshua. Por supuesto, siempre que pueda contar con el consentimiento de nuestro maestro —terció Jaím, impasible ante la intentona por parte de su hermano de ridiculizarle.

—Cuentas con mi confianza, Jaím. Mi mente hoy no está muy lúcida y me siento un poco angustiado. Si Dios quiere, la próxima vez me sentaré en tu silla.

Jaím escapó del bombardeo de miradas y pensamientos celosos descargados sobre él. Esto último debía de haber sido una ironía de Cordovero, ¿no?

—Cada profesor enseña lo que él mismo tiene que aprender. Nuestras almas se encuentran aquí todas las mañanas porque este encuentro está predestinado. Ahora yo soy vuestro maestro, pero en una vida futura podría ser el alumno de Jaím. El papel que desempeñamos aquí en la Tierra no es importante, pues llegará un día, que quizá no esté tan lejano, en que mi alma abandonará este mundo.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó Shlomo, uno de los alumnos más aplicados de Cordovero, que procuraba ganarse su sustento y el de su mujer pintando cuadros—. No estaréis enfermo, ¿verdad? ¿Podemos hacer algo? ¿Queréis que abra las ventanas para que entre un poco de aire fresco?

—Solo tenéis cuarenta y ocho años. Es un poco prematuro empezar a vaticinar ahora vuestra muerte —le aduló